



Afán de trascendencia

Hay cosas sin importancia. Por ejemplo el almuerzo de hoy. Es de mucha importancia almorzar o no almorzar. Pero si hoy comemos spaghetti o sopa negra, quedará olvidado en un par de días. Otras cosas tienen más importancia. Por ejemplo si vamos o no vamos a la fiesta que se hará con motivo del fin de año de labores, en la empresa o en el grupo de compañeros estudiantes, tiene más importancia que el almuerzo de hoy. Y así podemos ir mencionando asuntos que vayan siendo más importantes. Cómo le vaya a un amigo en una operación quirúrgica que tiene la semana entrante, es mucho más importante que el almuerzo de hoy y que la fiesta de fin de año. Y allá más arriba en la lista de cosas importantes, hay algunas que ya no solo son importantes sino que son trascendentes. Un día elegimos una carrera y eso marcó profundamente cómo vivimos nuestra vida de ahí en adelante. Dos se miraron con curiosidad y afecto. Luego se hablaron con timidez. Y finalmente formaron una familia. Los hijos y los nietos un día preguntarán ¿y ustedes cómo se conocieron? Y los padres, ya abuelos, relatarán cómo fue.

Pregunto a Gemini, un programa de inteligencia artificial, sobre el concepto de trascendencia y me responde dos cosas útiles: Según la Real Academia Española, trascendente es un adjetivo que significa que algo es de mucha importancia o gravedad, principalmente por sus posibles consecuencias. Por ejemplo, "La aprobación de la Consti-

tución fue un hecho trascendente para el país" y luego me dice que la palabra como adjetivo se refiere a algo que es de mucha importancia o gravedad por sus probables consecuencias. El nacimiento de mi hijo fue un momento trascendental en mi vida.

Signos indeseables en nuestra convivencia

En una buena convivencia, es decir, en la vida en comunidad en la cual unos dependemos de otros para nuestro trabajo, nuestra salud, nuestra seguridad, es conveniente que todos estemos claros en la importancia que tienen ciertos comportamientos. Durante la pandemia aprendimos que cuidarnos a nosotros mismos, no solo conducía a un beneficio individual, sino que también a un beneficio comunitario. Cuanto menos personas enfermaran, mejor para la comunidad porque entonces la intensidad de la pandemia disminuía. Miremos las presas vehicu-

lares. Si los conductores no se ayudan unos a otros, las presas podrían llegar a límites elevados. Si no damos el paso; si atravesamos el vehículo en las intersecciones; si cuando alguien pide le dejemos hacer un cambio de carril le echamos el vehículo encima, estaremos perjudicando a otros y estaremos haciendo difícil la convivencia.

Pienso que uno de los asuntos más trascendentes que el país tiene entre manos en este momento, es la calidad de la educación. Que los estudiantes vayan a clase con uniforme o sin él, es accesorio. Que aprendan a aprender es esencial. De ello depende con cuánta eficacia moral, social, económica vivan su vida.

Las listas de espera en la CCSS son un tema de alta importancia. Alguna gente puede esperar una cirugía por unos meses. Otros, si esperan, agravarán. Y otros morirán antes de la fecha que les asignaron. Esto es trascendente. Una seguridad social que deja morir a sus asegurados está fa-

llando en lo esencial.

Unos temas pueden ser tratados de manera superficial. Otros merecen más seriedad. El locutor deportivo que opina que el arbitraje fue deficiente tal vez dice algo que de momento nos interesa, pero eso no tendrá consecuencias ni para nuestro futuro ni para el del árbitro. Pero si alguien procede con maldad, miente, es irresponsable, hay consecuencias serias para esa persona y para quienes se relacionan con ella y esas consecuencias pueden ir muy allá en el futuro de todos ellos.

Pienso que la vida buena y feliz, de la que hablaba Aristóteles, depende de que tengamos claridad sobre cuáles son los acuerdos, los comportamientos, las responsabilidades que tienen consecuencias serias en la vida de la comunidad. Las mejores comunidades son aquellas donde a sus miembros no les da lo mismo verdad que falsedad, seriedad que superficialidad, responsabilidad que falta de cumplimiento. Aquellas en las cuales se piensa con

seriedad en el futuro y se tiene presente la ética y el bien común.

La amistad

Examinemos, como otro ejemplo, las posibilidades de la amistad. La amistad es un sentimiento y una decisión. Alguien puede pensar que la amistad es una relación superficial con personas que nos caen bien con quienes nos divertimos. Los resultados de esta visión de la amistad, serán limitados y superficiales. Pero la amistad podría ser mirada también como un compromiso profundo de lealtad, de aprecio, de mutua ayuda con unas cuantas personas. Esta visión de la amistad dará lugar a resultados trascendentes, los cuales no solamente irán muy allá en el tiempo sino que podrían quedarse para la eternidad. Todavía recuerdo, setenta años después de escucharlas, las palabras de mi profesor de Literatura Universal ponderando con entusiasmo la amistad entre Aquiles y Patroclo según La Iliada.

Es más importante el amor que la amistad, pero se igualan en que tanto en el amor como en la buena amistad, nos comprometemos a accionar en procura del bien del otro: amar es querer el bien del otro.

El país

Preguntemos ahora ¿qué es un buen país? No es lo que dicen los anuncios para atraer turismo: playas, buen clima, personas amables, pura vida. Un buen país es uno en el cual existen reglas de juego que nos permiten saber a qué atenernos y que nos garantizan la seguridad de que si cumplimos con ellas, podemos disponer de nuestra libertad ampliamente. El Premio Nobel en Economía de este año 2024 fue otorgado a dos economistas por haber demostrado que en los países que tienen reglas claras al respecto, se vive mejor.

Tomemos por ejemplo lo que se denomina el *estado de derecho* y reflexionemos cómo es la vida con él o sin él. De nuevo recurro a Gemini.

El Estado de Derecho es un principio que establece que los ciudadanos se rigen por leyes democráticas que protegen y se hacen cumplir de manera uniforme. O sea, donde no funciona la ley del embudo, según la cual el embudo tiene dos bocas: una amplia y cómoda y la otra estrecha. Es una situación en la cual todos somos iguales ante la ley. Da lo mismo si la señal de alto se lo saltó un adolescente o un diputado.

En un estado de derecho, no hay sorpresas jurídicas. Todos sabemos que saltarse una luz roja es una falta, y

nunca ocurrirá que en un determinado semáforo haya un policía de tránsito que esté poniendo multas a quienes pasan cuando la luz está en verde. Y los ciudadanos tienen la seguridad de que ni el policía de tránsito ni el juez se pueden exceder en sus funciones, porque existen *límites y controles legales sobre el ejercicio del poder*.

Pienso que esto del estado de derecho, de la democracia, de los derechos individuales son cosas trascendentes. Las disfrutamos y a menudo nos olvidamos de ellas, pero si un día comenzaran a parpadear, de inmediato ya para entonces sería tarde. Cuando algo sin importancia se deteriora, se lo puede reparar sin problema. Cuando algo trascendente da muestras de debilidad o de agotamiento, ya entonces es tarde y estamos ante una emergencia.

Veamos otra ilustración más cercana del concepto de trascendencia. ¿Para qué hace un estudiante los esfuerzos que hace? Si hace esos esfuerzos para obtener una buena calificación, los frutos se terminan cuando la obtiene. Pasado el examen, se logran los resultados y ya se puede olvidar de sus esfuerzos y de los logros. Pero en cambio, si el estudiante hace esos esfuerzos para mejorar su capacidad de aprender, los logros realizados le servirán a lo largo de toda su vida. Sacar buena nota es importante. Aprender a aprender es trascendente.

Por aquí va saliendo a flote el indicio de que algunas creencias o paradigmas nos impiden darle a nuestra vida una orientación hacia la trascendencia: si creemos que un país es un gran dormitorio, no pondremos atención a lo que puede convertirlo en una gran nación. Si creemos que la amis-

dad es una simple conexión social, o que el amor es algo que simplemente produce mariposas en el estómago, nunca construiremos una relación trascendente. Si creemos que se estudia para obtener una buena calificación, no afinaremos nuestras capacidades de aprender. En los tres casos, es importante que nos demos cuenta de que tenemos que preocuparnos por desarrollar nuestra sensibilidad. Aceptemos que por el momento, nos puede entusiasmar un reguetón, pero no dejemos de contemplar como una superación, que un día lleguemos a conmovernos con la Serenata de Schubert. Y así como debemos desarrollar nuestra sensibilidad musical, conviene que desarrollemos nuestra sensibilidad cívica y nuestra sensibilidad espiritual.

Lo trascendental ha perdido atención relativa

¿Alguna vez se ha preguntado si vivimos mirando en la dirección equivocada? Me gusta mucho aquella frase atribuida a Confucio: *Cuando el sabio señala la luna, el necio mira el dedo*. La ciencia y la técnica han desplazado el sentido de lo trascendente. El ser humano ganó poder sobre la naturaleza con los antibióticos, con los medios anticonceptivos, los psicotrópicos, la ingeniería aeroespacial, las tecnologías de información y comunicación y ahora con la inteligencia artificial. ¿Qué es más trascendente, el cohete que viaja al espacio o el esfuerzo, la dedicación, la organización de muchos esfuerzos humanos que lo hicieron posible?

El consumismo se instaló entre nosotros a lomos de una publicidad que a pesar de sus reclamos, dejó de ser informativa y es manipulativa. Entonces

nos dedicamos figurativamente a mirar en las vitrinas lo que no tenemos, en vez de contemplar lo que sí tenemos dentro de nosotros mismos -talentos, sentimientos, energía, tiempo-. Eso que nos convierte en personas singulares es más trascendente que el *celular* o el automóvil que anhelamos.

Contemplamos la política y nos parece que está en crisis. Pero conviene preguntarnos si no será que la mirada de los políticos se enfoca más en el corto plazo, en la curul, en el poder, en ganar la próxima elección, que en apuntar hacia el bien común, es decir, el bien de las mayorías ¿Será que antiguamente los políticos miraban hacia la trascendencia y que ahora está nublado el tragaluz por el cual miraban hacia arriba?

¿Qué deberíamos hacer?

Es hora de darnos cuenta de estas realidades. Hay que resucitar la noción de trascendencia. Sacarla del diccionario y hacerla parte de nuestro hablar cotidiano. De conversar con seriedad sobre ella. De abrirnos al buen juicio de los demás. De responsabilizarnos individualmente por lo que ocurre. Tenemos que volver a tener claro que hay cosas con las cuales no se juega. Que un pueblo que ignora lo trascendente se atontolina con lo material y eso a la larga, lo deteriora.

No habrá mejoramiento si pensamos que quienes han fallado son los otros. Todos hemos fallado. Debemos encontrar cada uno nuestra propia forma de contribuir. Descubrir los cambios que nos parezca que corrigen el rumbo. Suenan lindos los himnos. Pero solo son poesía. El amor, la amistad, el bien común, la democracia, o se convierten en acciones concretas, o se quedan en pura poesía. Recibimos un país admirable. Contribuyamos a dejar como legado uno mejor. Nuestro reto es doble. Inspirarnos en ideales y accionar eficazmente.

Agradecimiento

Álvaro Cedeño Gómez
Catedrático retirado de la Universidad de Costa Rica y de la Universidad Autónoma de Centroamérica.
Es consultor de empresas y MBA por IESE, Universidad de Navarra

Álvaro Cedeño Gómez informa a sus lectores que todas las semanas publica un artículo en su página web: alvarocedeno.com
Ingrese en la página y solicite el envío gratuito de esos artículos a su correo electrónico

